Las mujeres y la subversión de la comunidad

Mariarosa Dalla Costa

Donne e sovversione sociale. Escrito entre junio y diciembre de 1971.
Publicado en 1972: *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, Mariarosa Dalla Costa & Selma James, Siglo XXI, México.

Estas observaciones son un intento por definir y analizar la "cuestión de la mujer", y situarla en el "papel femenino" general tal como ha sido creado por la división capitalista del trabajo.

Consideramos ante todo en estas páginas que el "ama de casa" es la figura central de este papel femenino. Partimos del supuesto de que todas las mujeres son amas de casa; incluso las que trabajan fuera de la casa continúan siéndolo. Es decir, a nivel mundial, es precisamente el carácter específico del trabajo doméstico -no sólo medido en número de horas y naturaleza del trabajo, sino como calidad de vida y calidad de las relaciones que genera- el que determina el lugar de una mujer dondequiera que esté y cualquiera que sea la clase a que pertenezca. Nos concentraremos en la posición de la mujer de clase obrera, pero esto no implica que ella sea la única explotada. Es más bien para confirmar que el papel del ama de casa de clase obrera, el cual creemos que ha sido indispensable para la producción capitalista, es *el* determinante para la posición de todas las demás mujeres. Todo análisis de las mujeres como una casta debe partir del análisis de la posición de las amas de casa de clase obrera.

Con el fin de considerar al ama de casa como central, fue necesario en primer lugar analizar brevemente cómo ha creado el capitalismo la familia moderna y el papel del ama de casa en ella, destruyendo los tipos de grupos familiares o comunidades que existían previamente. Este proceso de ningún modo ha terminado. En tanto que nos referimos al mundo occidental y particularmente a Italia, queremos poner en claro que en la medida en que el modo de producción capitalista arrastra también al Tercer Mundo bajo su mando, el mismo proceso de destrucción debe estar y está teniendo lugar allí. Tampoco debemos dar por supuesto que la familia tal como la conocemos en la actualidad en los países occidentales técnicamente más avanzados sea la forma definitiva que ésta puede adoptar en el capitalismo. Pero el análisis de nuevas tendencias únicamente puede ser el producto de un análisis sobre cómo el capitalismo creó esta familia y cuál es el papel de la mujer hoy, ambos como momentos de un proceso.

Tenemos la intención de completar estas observaciones sobre el papel de la mujer analizando también la posición de la mujer que trabaja fuera de la casa, pero esto lo haremos en fecha posterior. Aquí queremos meramente indicar el vínculo entre dos experiencias aparentemente distintas: la del ama de casa y la de la mujer obrera.

Las luchas que día a día han llevado a cabo las mujeres desde la segunda guerra mundial van directamente en contra de la organización de la fábrica y de la casa. La "desconfiabilidad" de las mujeres, de la que se quejan los patrones, ha aumentado rápidamente. La tendencia a un ausentismo mayor, a un menor respeto por los horarios, a una movilidad más alta en los empleos es compartida por obreros y obreras jóvenes. Pero mientras el hombre, durante períodos cruciales de su juventud, será el único soporte de una nueva familia, las mujeres que en general no tienen este tipo de restricción, que deben siempre tomar en consideración el trabajo en la casa y que en cualquier caso siempre están con un pie fuera de la "sociedad", están fatalmente más desligadas todavía de la disciplina del trabajo, fuerzan la ruptura del flujo productivo y, por lo tanto, mayores costos para el capital. (Esta es una excusa para los salarios discriminatorios que muchas veces subsanan con exceso las pérdidas del capital.) Cuando grupos de amas de casa dejan a sus hijos con sus maridos en el trabajo, experimentamos esta misma tendencia de desvinculación; esta tendencia es, y lo será cada vez más, una de las formas decisivas de la crisis en los sistemas de la fábrica y de la fábrica social.

En los afros, especialmente en los países capitalistas avanzados, se ha desarrollado una serie de movimientos de mujeres de orientación y alcance diferentes: desde los que creen que el conflicto

fundamental en la sociedad es entre hombres y mujeres hasta los que se centran en la posición de las mujeres como una manifestación específica de la explotación de clase.

Si, a primera vista, la posición y actitudes de los primeros son sorprendentes, especialmente para las mujeres que han tenido experiencia previa de militancia en luchas políticas, creemos que vale la pena señalar que aquellas mujeres para quienes la explotación sexual es la contradicción social básica ofrecen un índice sumamente importante de nuestro grado de frustración, experimentada por millones de mujeres tanto dentro como fuera del movimiento. Las hay que definen su lesbianismo en estos términos (nos referimos en particular a las opiniones expresadas por un sector del movimiento en los Estados Unidos): "Nuestra asociación con las mujeres empezó cuando, al estar juntas, pudimos darnos cuenta de que ya no podíamos tolerar por más tiempo las relaciones con los hombres, no podíamos impedir que se convirtieran en relaciones de poder en las que éramos inevitablemente subyugadas. Nuestra atención y energías se dispersaban, nuestro poder era difuso sus objetivos estaban delimitados". A partir de este rechazo se ha desarrollado un movimiento de mujeres homosexuales que defiende la posibilidad de una relación libre de la lucha de poder sexual, libre de la unidad social biológica, y afirma al mismo tiempo la necesidad de abrirnos a un potencial social, y por lo tanto sexual, más amplio.

Ahora, para entender las frustraciones de las mujeres expresadas cada vez de más maneras, debemos tener claro qué es lo que hay en la naturaleza de la familia en el capitalismo para precipitar una crisis a esta escala. Después de todo, la opresión de las mujeres no empezó con el capitalismo. Lo que empezó con el capitalismo fue una explotación más intensa de las mujeres *en tanto tales* y la posibilidad, por fin, de su liberación.

Los orígenes de la familia capitalista

En la sociedad precapitalista patriarcal, la *casa* y la *familia* eran centrales para la producción agrícola y artesanal. Con el advenimiento del capitalismo, la socialización de la producción se organizó con la *fábrica* como centro. Los que trabajaban en los nuevos centros productivos recibían un salario. Los que eran excluidos, no. Las mujeres, los niños y los ancianos perdieron el poder relativo que se derivaba de que la familia dependiera del trabajo de ellos, *el cual se consideraba social y necesario.* El capital, al destruir la familia, la comunidad y la producción como un todo, ha concentrado, por un lado, la producción social básica en la fábrica y la oficina, y, por otro, ha separado al hombre de la familia y lo ha convertido en *un trabajador asalariado.* Ha descargado en las espaldas de los hombres el peso de la responsabilidad económica de mujeres, niños, ancianos y enfermos: en una palabra, de todos los que no perciben salarios. A partir de este momento comenzó a expulsarse de la casa a todos los que no *procreaban ni atendían a los que trabajaban por un salario.* Los primeros en ser excluidos de la casa, después de los hombres, fueron los niños: se les mandó a la escuela. La familia dejó de ser no sólo el centro productivo sino también el centro educativo.

Esto implica reconocer todo un nuevo significado a la "educación", y el trabajo que se está llevando a cabo ahora sobre la historia de la educación obligatoria -aprendizaje forzoso- lo prueba. En Inglaterra, se concebía a los maestros como una "policía moral" que podía: 1) condicionar a los niños en contra del "crimen" -contener la reapropiación de la clase obrera en la comunidad; 2) destruir a "la chusma", organización de clase obrera basada en una familia que era todavía una unidad productiva o, por lo menos, una unidad de organización viable; 3) hacer de la asistencia regular y habitual y de la puntualidad algo tan necesario para los futuros puestos de trabajo de los niños, y 4) estratificar la clase mediante la clasificación y la selección. Al igual que con la familia, la transición a esta nueva forma de control social no fue fácil y directa sino el resultado de fuerzas contradictorias tanto de la clase como del capital, lo mismo que en cualquier fase de la historia del capitalismo.]

En la medida en que los hombres han sido las cabezas despóticas de la familia patriarcal, basada en una estricta división del trabajo, la experiencia de las mujeres, los niños y los hombres fue una experiencia contradictoria que nosotros heredamos. Pero, en la sociedad precapitalista, el

trabajo de cada uno de los miembros de la comunidad de siervos se consideraba dirigido a un objetivo: o bien la prosperidad del señor feudal o nuestra supervivencia. En esta medida, toda la comunidad de siervos se veía forzada a cooperar en una unidad de los no libres que involucraba en el mismo grado a mujeres, niños y hombres y que el capitalismo tuvo que romper[1]. En este sentido, el *individuo no libre,* la *democracia de la sujeción*[2], entró en crisis. El paso de la esclavitud a la fuerza de trabajo libre separó al hombre proletario de la mujer proletaria, y a ambos de sus hijos. El patriarca no libre se transformó en el asalariado "libre", y sobre la experiencia contradictoria de los sexos y las generaciones se alzó un extrañamiento más profundo pero también, por lo tanto, una relación más subversiva.

Tenemos que acentuar que esta separación de niños y adultos es esencial para comprender el pleno significado de la separación de mujeres y hombres, para captar plenamente cómo la organización de la lucha por parte del movimiento de las mujeres, aun cuando adopta la forma de un rechazo violento de cualquier posibilidad de relación con los hombres, puede únicamente estar dirigida a superar esta separación basada en la "libertad" del trabajo asalariado.

La lucha de clases en la educación

El análisis de la escuela que ha surgido en los últimos años -especialmente con la aparición del movimiento estudiantil- ha identificado claramente a la escuela como un centro de disciplina ideológica y de formación de la fuerza de trabajo y de sus amos. Lo que quizás no se ha dicho, o al menos con suficiente profundidad, es precisamente lo que precede a todo esto; es decir, la desesperación habitual de los niños el primer día de escuela maternal cuando ven que los dejan metidos en una clase y sus padres de repente los abandonan. *Pero precisamente en ese momento empieza toda la historia de la escuela*.

[No tratamos aquí de la estrechez de la familia nuclear que impide que los niños tengan una transición fácil hacia la formación de relaciones con otras personas; tampoco de lo que se desprende de esto: el argumento esgrimido por los psicólogos de que un condicionamiento adecuado hubiese podido evitar esta crisis. Tratamos de la organización total de la sociedad en la que la familia, la escuela y la fábrica son, cada una de ellas, un compartimiento tipo gueto. Tanto es así, que el paso de uno a otro de estos compartimentos es doloroso. Este dolor no puede eliminarse remendando las relaciones entre un gueto y otro sino únicamente destruyendo cada uno de ellos.]

Vistos de esta manera, los niños de escuela primaria no son esos apéndices que, únicamente por las demandas de "desayunos gratuitos, transporte gratuito y libros gratuitos" -todo esto aprendido de los mayores-, pueden estar unidos de alguna manera con los alumnos de escuelas secundarias[3]. En los niños de escuela primaria, los que son hijos e hijas de obreros, hay siempre una conciencia de que la escuela, de algún modo, los está poniendo en contra de sus padres *y de sus iguales* y, en consecuencia, hay una resistencia instintiva a estudiar y a ser "educado". Esta resistencia es la razón de que en Inglaterra se haya confinado a los niños negros en escuelas de educación subnormal[4]. El niño europeo de clase obrera, al igual que el niño negro de clase obrera, ve en

---

[1] El trabajo asalariado se basa en la subordinación de todas las relaciones a la relación de salario. El obrero debe contratar como "individuo" con el capital, despojado de la protección de sus parientes.

[2] Karl Marx, *Crítica de la Filosofía del Estado de Hegel.*

[3] "Transporte gratuito, desayunos gratuitos, libros gratuitos" fue uno de los lemas de una sección del movimiento estudiantil en Italia que pretendía conectar la lucha de los estudiantes más jóvenes con los obreros y los universitarios.

[4] En Inglaterra y Estados Unidos, los psicólogos Eysenck y Jensen, quienes están convencidos "científicamente" de que los negros tienen una "inteligencia" inferior a los blancos y educadores progresistas como Iván Illich aparecen como si sus posiciones fueran diametralmente opuestas. Los une lo que pretenden lograr. Los divide el método. En cualquier caso, los psicólogos no son más racistas que los demás, sino sólo más directos. La "inteligencia" es la capacidad de reconocer que el argumento del adversario es el correcto y formar la lógica propia con base en esto. Allí en donde toda la sociedad opera institucionalmente a partir del supuesto de la superioridad racial blanca, estos psicólogos proponen un "condicionamiento" más completo y total, de manera que los niños que no aprenden a leer, no aprendan en vez de esto a hacer cócteles molotov. Un punto de vista sensato con el que Iván Illich, a quien le preocupa el "subaprovechamiento" de los niños (es decir, que rechacen la "inteligencia"), estaría de acuerdo.

el maestro a alguien que le está enseñando algo contra su madre y su padre, no como una defensa para el niño, sino como un ataque a la clase a que pertenece. El capitalismo es el primer sistema productivo en el que los niños de los explotados son disciplinados y educados en instituciones organizadas y controladas por la clase gobernante.

[A pesar del hecho de que el capital dirige las escuelas, el control no se concede nunca de una vez por todas. La clase obrera se enfrenta continua y crecientemente al contenido de la escolarización capitalista y no admite sus costos. La respuesta del sistema capitalista consiste en restablecer el control que tiende a reglamentar cada vez más en términos tipo fábrica.

Sin embargo, la nueva política educativa que se nos está machacando -aun mientras escribimos esto- es más compleja que todo eso. Aquí, únicamente podemos dejar indicado el impulso de esta nueva política:

Los jóvenes de clase obrera no admiten que la educación les prepare sólo para una fábrica, aun cuando sea para llevar cuellos blancos y usar máquinas de escribir y tableros de dibujo en vez de máquinas remachadoras.

Los jóvenes de clase media rechazan el papel de mediadores entre las clases y la personalidad reprimida que este papel de mediación requiere.

Se pide fuerza de trabajo nueva, más salarios y diferenciación de status. La actual tendencia igualitaria debe revertirse.

Debe crearse un nuevo tipo de proceso laboral que intente interesar al obrero en la "participación" para que no rechace la monotonía y fragmentación de la actual línea de ensamble.

Si los jóvenes se niegan a aceptar el tradicional "camino al éxito", e incluso el "éxito", han de encontrar nuevas metas a las que puedan aspirar, es decir, por las que vayan a la escuela y al trabajo. Diariamente surgen nuevos "experimentos" de educación "libre", en los que se alienta a los niños a participar en la planeación de su educación y existe una mayor democracia entre maestros y alumnos. Es tan ilusorio creer que esto es una derrota del capital como creer que la regimentación será una victoria. En la creación de una fuerza de trabajo manipulada más creativamente, el capital no perderá en el proceso ni un 0,1% del beneficio. "De hecho", dicen en realidad, "puedes resultarnos mucho más eficiente si tomas tu propio camino, siempre que pase por nuestro territorio." En algunos lugares de la fábrica y en la fábrica social, el eslogan del capital es cada vez más semejante al siguiente: "Libertad y fraternidad para garantizar la igualdad e incluso extenderla".]

La prueba definitiva de que esta indoctrinación ajena, que comienza en la escuela maternal, está basada en la separación de la familia, es que aquellos niños de clase obrera que llegan a la universidad (los pocos que llegan) tienen tan lavado el cerebro que son incapaces de hablar ya con su comunidad.

Los niños de clase obrera son pues los primeros que instintivamente se rebelan contra las escuelas y la educación que en ellas se proporciona. Sus padres los encierran en las escuelas porque les preocupa que sus hijos "tengan una educación", es decir, que estén equipados para escapar de la línea de ensamble o de la cocina en las que ellos, sus padres, están aprisionados. Si un niño de clase obrera muestra dotes especiales, toda la familia se concentra inmediatamente en él, le da las mejores condiciones, sacrificando con frecuencia a los demás, con la esperanza de que los sacará a todos de la clase obrera. Esto se convierte, en efecto, en la forma en que funciona el capital a través de las aspiraciones de los padres para incorporar su ayuda al disciplinamiento de la fuerza de trabajo nueva.

En Italia, los padres cada vez tienen menos éxito en mandar a sus hijos a la escuela. La resistencia de los niños a la escuela va en aumento, aun cuando no está todavía organizada.

Al mismo tiempo que crece esta resistencia de los niños a ser educados en escuelas, también aumenta su *rechazo a aceptar la definición* que ha dado el capital de su *edad. Los* niños quieren todo lo que ven; no entienden que para tener cosas se haya de pagar por ellas y que para pagarlas se deba tener un salario y, por lo tanto, se tenga que ser adulto. No es extraño que resulte difícil explicar a los niños que no pueden tener lo que la televisión le ha dicho que es imprescindible.

Pero algo está sucediendo con la nueva generación de niños y con la juventud que está haciendo constantemente más difícil explicarles cuál es el momento arbitrario en que se llega a la

edad adulta. Lo que sucede es más bien que la generación joven nos está demostrando su edad: en los sesenta, los niños de seis años ya se sublevaron contra los perros de la policía en el sur de los Estados Unidos. Encontramos el mismo fenómeno hoy en Italia y en Irlanda del Norte donde los niños han sido tan activos en la rebelión como los adultos. Cuando se reconozca a los niños (y a las mujeres) como parte integrante de la historia, aparecerán sin duda otros ejemplos de participación de menores (y de mujeres) en luchas revolucionarias. Lo nuevo es la autonomía de su participación *a pesar y en razón de* su exclusión de la producción directa. En las fábricas, la juventud rechaza el liderazgo de los obreros mayores, y en las revueltas en las ciudades es la punta de diamante. En las metrópolis las generaciones de la familia nuclear han producido movimientos de jóvenes y estudiantes que han iniciado el proceso de sacudimiento del marco de poder constituido; en el Tercer Mundo, los jóvenes sin empleo salen frecuentemente a la calle antes de que la clase obrera se organice en sindicatos.

Vale la pena hacer constar lo que dijo *The Times* de Londres (1 de junio de 1971) refiriéndose a una reunión de maestros convocada porque uno de ellos había sido amonestado por golpear a un alumno: "Elementos perturbadores e irresponsables acechan por todos los rincones con la intención aparentemente planeada de erosionar todas las fuerzas de autoridad". Esto "es una conspiración para destruir los valores en que se basa nuestra civilización y de los cuales nuestras escuelas son uno de los mejores bastiones".

La explotación de los no asalariados

Hemos querido hacer estos comentarios sobre la actitud de rebelión que se está extendiendo constantemente entre los niños y la juventud, especialmente en los de clase obrera y particularmente entre los negros, porque creemos que está íntimamente vinculada con la explosión del movimiento de mujeres y es algo que este movimiento debe tomar en cuenta. Nos ocupamos aquí de la revuelta de los que han sido excluidos, de los que han sido apartados por el sistema de producción, y que expresan con acciones su necesidad de destruir las fuerzas que obstaculizan el camino de su existencia social, pero que esta vez se están juntando como individuos.

Las mujeres y los niños han sido excluidos. La revuelta de unos contra la explotación a través de la exclusión es un índice de la rebelión de los otros.

En la medida en que el capital ha reclutado al hombre y lo ha convertido en un trabajador asalariado, ha creado una brecha entre él y todos los demás proletarios sin salario a quienes, al no participar directamente en la producción social, se suponía por lo tanto incapaces de ser los sujetos de una revuelta social.

Desde Marx, ha sido claro que el capital domina y se desarrolla a través del salario, esto es, que el fundamento de la sociedad capitalista era el trabajador asalariado y, hombre o mujer, la explotación directa de éste. Lo que no ha estado claro, ni lo han supuesto las organizaciones del movimiento de clase obrera, es que precisamente a través del salario se ha organizado la explotación del trabajador no asalariado. Esta explotación ha sido aún más efectiva porque la falta de un salario la ocultaba. Es decir, el salario controlaba una cantidad de trabajo mayor que la que aparecía en el convenio de la fábrica. *En lo que respecta a las mujeres, su trabajo parece un servicio personal fuera del capital.* La mujer parecía sufrir únicamente el chauvinismo masculino y era mal tratada porque el capitalismo significaba "injusticia" general y "conductas malas e irrazonables"; los pocos (hombres) que lo advirtieron nos convencieron de que esto era "opresión" pero no explotación. Pero la "opresión" ocultaba otro aspecto más penetrante de la sociedad capitalista. El capital excluyó a los niños y los mandó a la escuela no sólo porque obstaculizaban el trabajo más "productivo" de otros o para indoctrinarlos. El dominio del capital a través del salario obliga a toda persona físicamente capaz a funcionar bajo la ley de la división del trabajo, y a funcionar en formas que, si no inmediatamente, son en definitiva provechosas para la expansión y extensión del dominio del capital. Este es, fundamentalmente, el significado de la escuela. *En lo que respecta a los niños, su trabajo parece consistir en aprender para su propio bien.*

Los niños proletarios han sido forzados a pasar por la misma educación en las escuelas: esta

es la igualdad capitalista frente a las infinitas posibilidades de la enseñanza. La mujer, por otro lado, ha sido aislada en la casa, forzada a llevar a cabo trabajo que se considera no calificado: el trabajo de dar a luz, criar, disciplinar, y servir al obrero para la producción. Su papel en el ciclo de la producción social ha permanecido invisible porque sólo el producto de su trabajo, *el trabajador,* era visible. Con lo cual quedó atrapada dentro de las condiciones precapitalistas de trabajo y nunca se le pagó un salario.

Y cuando decimos "condiciones precapitalistas de trabajo" no nos referimos únicamente a las mujeres que usan escobas para barrer. Ni siquiera las cocinas norteamericanas mejor equipadas reflejan el nivel actual de desarrollo tecnológico; reflejan, a lo sumo, la tecnología del siglo XIX. Cuando no se cobra por hora, dentro de ciertos límites, a nadie le importa el tiempo que alguien se tarde en hacer el trabajo.

Esta no es sólo una diferencia *cuantitativa* sino *cualitativa* respecto a cualquier otro trabajo y emana precisamente de la clase de mercancía que este trabajo está destinado a producir. Generalmente, dentro del sistema capitalista, la productividad del trabajo no aumenta a menos que haya una confrontación entre el capital y la clase: las innovaciones tecnológicas y la cooperación son al mismo tiempo momentos de ataque para la clase obrera y momentos de respuesta capitalista. Pero si esto es cierto de la producción de mercancías en general, no lo ha sido de la producción de esta clase especial de mercancía: la fuerza de trabajo. Si la innovación tecnológica puede reducir el límite de trabajo necesario, y si la lucha de la clase obrera en la industria puede utilizar esta innovación para ganar horas libres, no puede decirse lo mismo del trabajo doméstico; en la medida en que la mujer debe procrear, criar y responsabilizarse de los niños *en aislamiento,* la alta mecanización de las labores domésticas no le deja más tiempo libre. La mujer está siempre en servicio porque no existe la máquina que haga niños y se preocupe de ellos[5]. La mayor productividad del trabajo doméstico mediante la mecanización únicamente puede relacionarse con servicios específicos como, por ejemplo, lavar y limpiar. La jornada de trabajo de la mujer es interminable no porque carezca de máquinas sino porque está aislada.

[En la medida en que ninguna innovación tecnológica puede educar niños, sino solamente el "cuidado humano", la liberación efectiva del *tiempo dedicado al trabajo doméstico,* el *cambio cualitativo del trabajo doméstico,* sólo puede provenir de un movimiento de las mujeres, de una lucha de las mujeres: cuanto más crezca el movimiento, menos podrán contar los hombres -y en primer lugar los militantes políticos- en que las mujeres cuiden a los niños. Al mismo tiempo, la nueva atmósfera social que crea el movimiento ofrece a los niños un espacio, con hombres y mujeres, que no tiene nada que ver con las guarderías organizadas por el Estado. Estas son ya victorias de la lucha. Precisamente porque son los *resultados* de un movimiento que es por naturaleza una lucha, no pretenden *sustituir* la lucha por cualquier tipo de cooperación.]

Confirmación del mito de la incapacidad femenina

Con la llegada del modo de producción capitalista, la mujer fue relegada a esta condición de aislamiento, encerrada en la célula familiar y dependiente en todos los aspectos del hombre. Le fue negada la nueva autonomía del esclavo asalariado libre y permaneció en una etapa precapitalista de dependencia personal, esta vez más brutalizada en contraposición con la producción altamente socializada y a gran escala que ahora prevalece. La aparente incapacidad de la mujer para hacer ciertas cosas, para entender ciertas cosas, está originada en su historia, muy similar en ciertos aspectos a la de los niños "atrasados" de escuelas especiales. En la medida en que se separó a las mujeres de la producción socializada directa y se les aisló en la casa, se les negó toda posibilidad de vida social fuera del vecindario, y de ahí que se les privase de conocimiento social y de educación social. Cuando se priva a las mujeres de la amplia experiencia de organizar y planear

[5] No ignoramos en absoluto los intentos que se llevan a cabo en la actualidad para hacer niños de laboratorio. Pero estos mecanismos ahora pertenecen completamente a la ciencia y al control capitalistas. Se utilizarían completamente en contra de nosotras y de la clase. No nos interesa abdicar de la procreación para ponerla en manos del enemigo. Nos interesa conquistar la libertad para procrear por la que no pagaremos ni el precio del salario ni el precio de la exclusión social.

colectivamente luchas industriales y de masas, se les niega otra fuente básica de educación: la experiencia de la rebelión social. Y esta experiencia consiste primordialmente en aprender las capacidades propias de cada uno, es decir, su poder, y las capacidades, el poder, de la clase a que se pertenezca. Por lo tanto, el aislamiento que las mujeres han sufrido ha confirmado a la sociedad y a ellas mismas el mito de la incapacidad femenina.

Este mito es lo que ha ocultado, en primer lugar, que en la medida en que la clase obrera ha sido capaz de organizar luchas de masas en la comunidad (generalmente negarse a pagar alquileres, y luchas contra la inflación) la base ha sido siempre la organización informal ininterrumpida de las mujeres en la comunidad; en segundo lugar, que en las luchas en el ciclo de producción directa, el apoyo y la organización de las mujeres, formal e informal, han sido decisivos. Esta red de trabajo ininterrumpido de las mujeres sale a la superficie en momentos críticos y se desarrolla por medio de los talentos, las energías y el valor de la "mujer incapaz". Pero el mito sigue en pie. Cuando las mujeres podían, junto con los hombres, reclamar la victoria -de sobrevivir (en el desempleo) o de sobrevivir y vencer (en las huelgas)-, los beneficios de la victoria pertenecían a la clase "en general". Pocas, veces, si es que alguna vez, las mujeres han obtenido algo específicamente por ellas mismas; pocas veces, si es que alguna vez, la lucha tiene como objetivo alterar de algún modo la estructura de poder de la casa y su relación con la fábrica. En la huelga o en el desempleo, el trabajo de la mujer nunca termina.

La función capitalista del útero

Nunca tanto como con la llegada del capitalismo la destrucción de la mujer como persona ha significado, también, la disminución inmediata de su *integridad física.* La sexualidad femenina y masculina había pasado ya antes del capitalismo por una serie de regímenes y formas de condicionamiento. Pero había también eficientes métodos de control de la natalidad que, inexplicablemente, han desaparecido. El capital estableció la familia como familia nuclear y subordinó, dentro de ella, la mujer al hombre, en tanto persona que, al no participar directamente en la producción social, no se presenta independiente en el mercado de trabajo. A medida que esto corta todas sus posibilidades de creatividad y desarrollo de su actividad laboral, corta también la expresión de su autonomía sexual, psicológica y emocional.

Repetimos: nunca había tenido lugar una atrofia tal de la integridad física de la mujer, atrofia que le afecta en todo, desde el cerebro hasta el útero. Participar con otras personas en la producción de un tren, un coche o un avión no es lo mismo que usar aisladamente la misma escoba en los mismos pocos metros cuadrados de cocina durante siglos.

Esto no es un llamamiento a la igualdad de hombres y mujeres en la construcción de aviones, se trata meramente de reconocer que la diferencia entre las dos historias no sólo determina las diferencias en las verdaderas formas de lucha, sino que saca finalmente a relucir lo que ha sido invisible durante tanto tiempo: las diferentes formas que han adoptado las luchas de las mujeres en el pasado. De la misma manera que se despoja a las mujeres de la posibilidad de desarrollar su capacidad creadora, se las despoja también de su vida sexual, transformándola en una función para reproducir fuerza de trabajo: las mismas observaciones que hemos hecho acerca del nivel tecnológico de los servicios domésticos se aplican al control de la natalidad (y, a propósito, a todo el campo de la ginecología), investigación que, hasta muy recientemente, ha sido siempre dejada de lado, mientras que se forzaba a las mujeres a tener hijos y se les negaba el derecho a abortar cuando, como era de esperarse, las técnicas más primitivas de anticoncepción fallaban.

A partir de esta disminución completa de la mujer, el capital ha creado el papel femenino y ha hecho del hombre de la familia el instrumento de esta reducción. El hombre, como trabajador asalariado y cabeza de familia, fue el instrumento específico de esta explotación específica que es la de las mujeres.

La homosexualidad de la división del trabajo

Podemos explicar, así, en qué medida las relaciones degradadas entre hombres y mujeres están determinadas por la fractura que la sociedad ha impuesto entre hombre y mujer al subordinar a la mujer como objeto, al hacerla "complemento" del hombre. Y en este sentido podemos apreciar la validez de esta explosión de tendencias dentro del movimiento femenino en el que las mujeres quieren dirigir la lucha contra los hombres en tanto tales[6] y ya no quieren gastar sus energías en mantener relaciones igualitarias con ellos, ya que cada una de estas relaciones es siempre motivo de frustración. Una relación de poder cierra toda posibilidad de afecto e intimidad. Aun así, entre hombres y mujeres el poder *exige* por derecho propio afecto sexual e intimidad. En este sentido, el movimiento homosexual es el intento más masivo por desvincular sexualidad y poder.

Pero, generalmente, la homosexualidad está al mismo tiempo arraigada en el marco de la sociedad capitalista: las mujeres en la casa y los hombres en las fábricas y oficinas, separados todo el día unos de otros, o una fábrica típica de 1000 mujeres con 10 capataces, o un equipo de mecanógrafas (mujeres, por supuesto) que trabaja para 50 profesionales hombres. Todas estas situaciones son ya un marco homosexual de vida.

El capital, que eleva la heterosexualidad al rango de religión, hace al mismo tiempo imposible en la práctica que los hombres y las mujeres estén en contacto unos con otros, física o emocionalmente. Socava la heterosexualidad excepto como disciplina sexual, económica y social.

Creemos que ésta es una realidad por la que debemos comenzar. La explosión de las tendencias homosexuales ha sido importante para el movimiento, y continúa siéndolo, precisamente porque plantea la urgencia de reivindicar el carácter específico de la lucha de las mujeres y, sobre todo, de aclarar, en toda su profundidad, todas las facetas y conexiones de la explotación de las mujeres.

La plusvalía y la fábrica social

Al llegar a este punto, quisiéramos aclarar las bases de un cierto punto de vista que el marxismo ortodoxo, especialmente en la ideología y en la práctica de los partidos denominados marxistas, ha dado siempre por supuesto. Consiste en lo siguiente: cuando las mujeres permanecen fuera de la producción social, es decir, fuera del ciclo productivo organizado socialmente, están también fuera de la productividad social. En otras palabras, se ha considerado siempre el papel de la mujer como el de una persona psicológicamente subordinada que, excepto cuando está marginalmente empleada fuera de la casa, está fuera de la producción; es esencialmente la proveedora de una serie de valores de uso en la casa. Éste fue básicamente el punto de vista de Marx quien, al observar lo que sucedía a las mujeres que trabajaban en las fábricas, sacó la conclusión de que hubiera sido mejor para ellas quedarse en la casa donde había una forma de vida moralmente superior. Pero la verdadera naturaleza del papel del ama de casa nunca aparece claramente en Marx. Sin embargo, algunos observadores han notado que las mujeres de Lancashire, pizcadoras de algodón durante un siglo, son más libres sexualmente y los hombres les ayudan más en las tareas domésticas. Por otra parte, en los distritos de minas de carbón de Yorkshire, donde un bajo porcentaje de mujeres trabaja fuera de la casa, están más dominadas por la figura del marido. Incluso los que han sido capaces de definir la explotación de las mujeres en la producción socializada no han podido seguir adelante y comprender la posición explotada de las mujeres en la casa; los hombres están demasiado comprometidos en sus relaciones con las mujeres. Por eso únicamente las mujeres pueden definirse a sí mismas y hacer progresar la cuestión de la mujer.

Tenemos que dejar claro que, ahí donde rige el salario, el trabajo doméstico no sólo produce valores de uso, sino que es una función esencial en la producción de plusvalía[7]. Esto se aplica al

[6] Es imposible decir por cuánto tiempo continuarán estas tendencias haciendo avanzar al movimiento y cuándo se convertirán en lo opuesto.

[7] A algunos de los primeros lectores de este texto en inglés les ha parecido que esta definición del trabajo de las mujeres debería ser más precisa. Lo que queremos decir precisamente es que el trabajo doméstico como trabajo es *productivo* en el sentido marxista, es decir, produce plusvalía. Inmediatamente después hablamos de la productividad de todo el papel femenino. Para aclarar la productividad de las mujeres tanto en lo que se

papel entero de la mujer como personalidad subordinada a todos los niveles: físico, psicológico y ocupacional, que ha tenido y sigue teniendo un lugar preciso y vital en la división capitalista del trabajo, *en la búsqueda de productividad al nivel social.* Vamos a examinar más específicamente el papel de las mujeres como fuente de productividad social, esto es, de producción de plusvalía. Antes que nada, dentro de la familia.

A. La productividad de la esclavitud asalariada sobre la base de la esclavitud no asalariada

Se afirma con frecuencia, dentro de la definición del trabajo asalariado, que las mujeres que hacen trabajo doméstico no son productivas. De hecho, lo cierto es precisamente lo contrario, si se piensa en la enorme cantidad de servicios sociales que la organización capitalista transforma en actividad privatizada descargándolos en las espaldas de las amas de casa. El trabajo doméstico no es esencialmente "trabajo femenino"; no es que la mujer trabaje menos o se canse menos que un hombre al lavar y limpiar. Estos son servicios sociales en tanto sirven a la reproducción de las fuerzas de trabajo. El capital, precisamente al instaurar su estructura familiar, ha "liberado" al hombre de estas funciones de tal modo que quede completamente "libre" para la explotación directa; queda libre para "ganar" lo suficiente para que una mujer lo reproduzca como fuerza de trabajo[8]. Así pues, ha hecho de los hombres esclavos asalariados en la medida en que ha conseguido asignar estos servicios a las mujeres en la familia y, mediante el mismo proceso, ha controlado la corriente de mujeres que entran en el mercado de trabajo. En Italia, las mujeres aún son necesarias en la casa y el capital necesita todavía esta forma de familia. Al nivel actual del desarrollo en Europa en general y en Italia en particular, el capital todavía prefiere importar su fuerza de trabajo en forma de millones de hombres procedentes de áreas subdesarrolladas, mientras simultáneamente confina a las mujeres a la casa.[14]

[Esto, sin embargo, está contrarrestado por una tendencia opuesta: atraer mujeres a la industria en ciertos sectores específicos. Las necesidades diferentes del capital, dentro del mismo sector geográfico, han producido propaganda y políticas diferentes e incluso opuestas. Mientras que en el pasado la estabilidad de la familia se basó en una mitología relativamente estandarizada (con una propaganda y una política uniforme y no impugnada oficialmente), hoy en día varios sectores del capital se contradicen entre sí y ponen en cuestión la definición misma de la familia como unidad estable, inmodificable y "natural". Un ejemplo clásico de esto es la variedad de opiniones y políticas financieras respecto al control de la natalidad. El gobierno británico ha duplicado recientemente la asignación de fondos para este fin. Debemos examinar en qué medida está conectada esa política con la política de inmigración racista, o sea, la manipulación de las fuentes de fuerza de trabajo madura, y también su conexión con la creciente erosión de la ética del trabajo que desemboca en los movimientos de desempleados y de madres sin recursos, es decir, con el control de nacimientos que contaminarían la pureza del capital con niños revolucionarios.]

Las mujeres son útiles no sólo porque llevan a cabo el trabajo doméstico *sin salario y sin ir a la huelga,* sino también porque acogen en la casa a todos los que periódicamente son expulsados de sus trabajos en las crisis económicas. La familia, esa cuna maternal siempre dispuesta a ayudar y proteger en momentos de necesidad, ha sido de hecho la mejor garantía de que los desempleados no se convertirían inmediatamente en una horda de destructores intrusos.

Los partidos organizados del movimiento de la clase obrera han tenido cuidado de no tocar la cuestión del trabajo doméstico. Aparte de que han tratado siempre a las mujeres como una forma de vida inferior incluso en las fábricas, presentar la cuestión de la mujer sería poner en tela de juicio todas las bases de los sindicatos como organizaciones que se ocupan: *a)* sólo de la fábrica; *b)* sólo de una jornada laboral medida y "pagada"; *c)* sólo de la parte de los salarios que se nos da y no de la

---

relaciona con su trabajo como en lo que se relaciona con su papel, estamos trabajando en un texto de próxima aparición. En él se explica el lugar de la mujer más articuladamente, desde el punto de vista de todo el circuito capitalista.

[8] Ver *Introducción*, p. 9. La fuerza de trabajo "es una extraña mercancía porque no es una cosa. La capacidad de trabajar reside sólo en el ser humano cuya vida se consume en el proceso de producción... *Describir su producción y reproducción básicas es describir el trabajo de las mujeres".*

parte que se nos quita luego, es decir, la inflación. Los partidos de clase obrera han forzado siempre a las mujeres a aplazar su liberación hasta un futuro hipotético, y la han hecho depender de los beneficios que los hombres, limitados por estos partidos en el alcance de sus luchas, ganasen para "sí mismos".

En realidad, cada una de las etapas de lucha de la clase obrera ha afianzado la subordinación y explotación de la mujer a un nivel superior. La proposición de dar pensiones a las amas de casa[9] (lo cual hace que nos preguntemos por qué no un salario) sirve únicamente para mostrar la plena disposición de estos partidos para institucionalizar aún más a las mujeres como amas de casa y a los hombres como esclavos asalariados.

Ahora es claro que ninguna de nosotras cree que la emancipación, la liberación, pueda lograrse a través del trabajo. El trabajo no deja de ser trabajo, ya sea dentro o fuera de la casa. La independencia del asalariado significa únicamente ser un "individuo libre" para el capital, y esto no es menos aplicable a las mujeres que a los hombres. *Los que propugnan que la liberación de la mujer de clase obrera depende de que obtenga un trabajo fuera de la casa forman parte del problema, no de la solución*. La esclavitud de la línea de ensamble no es la forma de liberarse de la esclavitud del fregadero de la cocina. Negar esto es también negar la esclavitud de la línea de ensamble y prueba de nuevo que, si no se sabe cómo se explota a las mujeres, no se sabe nunca verdaderamente cómo se explota a los hombres. Pero esta cuestión es tan crucial que la tratamos aparte. Lo que queremos dejar claro aquí es que, al no pagársenos un salario cuando estamos produciendo en un mundo organizado al modo capitalista, la figura del jefe se oculta tras la del marido. Éste parece ser el receptor único de los servicios domésticos y esto da al trabajo doméstico un carácter ambiguo y esclavista. El marido y los hijos, por medio de su involucramiento afectivo, su chantaje afectivo, se convierten en los primeros capataces, los controladores inmediatos de este trabajo.

El marido tiende a leer el periódico y a esperar a que le cocinen y sirvan la comida, aun cuando la mujer salga a trabajar como él y llegue a casa con él. Obviamente, la forma específica de explotación representada por el trabajo doméstico exige una forma de lucha específica y correspondiente, a saber, la lucha de las mujeres *dentro de la familia.*

Si no logramos captar enteramente que, precisamente, esta familia es el verdadero pilar de la organización capitalista del trabajo; si cometemos el error de considerarla sólo como superestructura, y su cambio como dependiente sólo de las etapas de lucha en las fábricas, entonces iniciaremos una revolución coja que perpetuará y agravará siempre *una contradicción básica en la lucha de clases, y una contradicción que es funcional al desarrollo capitalista.* Estaríamos perpetuando, en otras palabras, el error de considerarnos productoras de valores de uso únicamente, de considerar a las amas de casa como algo externo a la clase obrera. En tanto se considere que las amas de casa están fuera de la clase, la lucha de clases en todo momento y en cualquier punto se verá dificultada, frustrada y será incapaz de encontrar una visión plena de su acción. Nuestra tarea aquí no es desarrollar más esto. Al exponerse y condenarse el trabajo doméstico como una forma enmascarada de trabajo productivo se suscita, sin embargo, una serie de preguntas respecto a los objetivos y las formas de lucha de las mujeres.

Socialización de la lucha del trabajador aislado. De hecho, la demanda que se seguiría de esto, "páguennos salarios por el trabajo doméstico", correría el riesgo de parecer, a la luz de la presente relación de fuerzas en Italia [en 1971], como si intentáramos atrincherarnos en la condición de esclavitud institucionalizada producida por la condición del trabajo doméstico. Esta demanda, por lo tanto, no podría casi operar en la práctica como objetivo de movilización.

[Ahora la demanda de salarios para el trabajo doméstico se está presentando cada vez más frecuentemente y con menos oposición en el movimiento de mujeres en Italia y en todas partes. Desde que se redactó por primera vez este documento (junio del 71), el debate se ha hecho más

[9] Esta es la política; entre otras, del Partido Comunista en Italia que por algunos años propuso una ley al Parlamento italiano para conceder una pensión a las mujeres en la casa, tanto a amas de casa como a mujeres solteras, a partir de los 55 años de edad. Esta ley nunca fue aprobada.

profundo y se han disipado muchas incertidumbres debidas a la relativa novedad de la discusión. Pero, sobre todo, el peso de las necesidades de las mujeres proletarias no sólo ha radicalizado las demandas del movimiento. Nos ha dado también mayor fuerza y confianza para hacerlas progresar. Hace un año, en los comienzos del movimiento en Italia, había mujeres que todavía creían que el Estado podía sofocar fácilmente la rebelión femenina contra el trabajo doméstico mediante el "pago" de una asignación mensual de 7 u 8 libras esterlinas (250 pesos mexicanos aproximadamente) como ya había hecho especialmente con aquellos "condenados de la tierra" que dependían de pensiones. Ahora estas incertidumbres se han disipado en gran parte.

Y, en cualquier caso, es claro que la demanda de salario para el trabajo doméstico es sólo una base, una perspectiva a partir de la cual comenzar y cuyo mérito consiste esencialmente en vincular inmediatamente la opresión femenina, la subordinación y el aislamiento a su fundamento material: la explotación femenina. En la actualidad, ésta es quizá la función principal de la demanda de salarios para el trabajo doméstico. Esto da, en seguida, una indicación para la lucha, una dirección en términos de organización, donde la opresión y la explotación, la situación de casta y de clase, se encuentran indisolublemente vinculadas. La traducción práctica y continua de esta perspectiva es la tarea que está enfrentando el movimiento en Italia y en todas partes.]

Así, la cuestión reside en desarrollar formas de lucha que no dejen a las mujeres tranquilamente en la casa, dispuestas, todo lo más, a tomar parte en manifestaciones ocasionales en la calle, con la esperanza de un salario que no les pagaría nada; tenemos, más bien, que descubrir formas de lucha que rompan inmediatamente con toda la estructura del trabajo doméstico, rechazándola absolutamente, rechazando nuestro papel de amas de casa y el hogar como el gueto de nuestra existencia, ya que el problema no es únicamente dejar de hacer este trabajo sino destrozar todo el papel de ama de casa. *El punto de partida no consiste en cómo hacer el trabajo de la casa más eficientemente sino en cómo encontrar un lugar como protagonistas en la lucha; es decir, no en una mayor productividad del trabajo doméstico sino en una mayor subversividad de la lucha.*

Para derribar inmediatamente la relación entre *tiempo-dedicado-a-la-casa* y tiempo-*no-dedicado-a-la-casa* no es necesario emplear tiempo todos los días en planchar sábanas y cortinas, limpiar el suelo hasta que reluzca, sin una mota de polvo, cada día. Y sin embargo muchas mujeres todavía lo hacen. No es, obviamente, porque sean estúpidas: de nuevo nos viene a la memoria el paralelo que hicimos antes con las escuelas ESN. En realidad, es que sólo en este trabajo pueden encontrar una identidad, precisamente porque, como ya hemos dicho, el capital las ha separado del proceso de producción socialmente organizado.

Pero de esto no se sigue automáticamente que estar separado de la producción socializada signifique estar separado de la lucha socializada: la lucha exige, sin embargo, tiempo libre sin trabajo doméstico y ofrece, simultáneamente, una identidad alternativa a la mujer que antes la encontraba únicamente en el gueto doméstico. En el carácter social de la lucha, las mujeres descubren y ejercen un poder que les da efectivamente una nueva identidad. *Esta nueva identidad es, y únicamente puede ser, un nuevo grado de poder social.*

La posibilidad de la lucha social emana del *carácter socialmente productivo* del trabajo de las mujeres en la casa. No son sólo o principalmente los servicios proporcionados en la casa los que hacen que el trabajo de la mujer sea socialmente productivo, aunque de hecho estos servicios ahora se identifiquen con el papel de la mujer. El capital puede mejorar tecnológicamente las condiciones de este trabajo. Lo que el capital no quiere hacer de momento, por lo menos en Italia, es destruir la posición del ama de casa como pivote de la familia nuclear. Por esto, no es cuestión de esperar la automatización del trabajo doméstico, porque nunca va a tener lugar: el mantenimiento de la familia nuclear es incompatible con la automatización de estos servicios. Para automatizarlos verdaderamente, el capital tendría que destruir la familia tal como la conocemos; es decir, para *automatizar* completamente se vería forzado *a socializar.*

Pero sabemos demasiado bien lo que significa su socialización: ¡consiste siempre, por lo menos, en lo opuesto a la Comuna de París!

El nuevo salto que podría realizar la reorganización capitalista, y que ya podemos percibir en Estados Unidos y en los países capitalistas más avanzados, consiste generalmente en destruir el

aislamiento precapitalista de la producción doméstica construyendo una familia que refleje más exactamente la igualdad capitalista y su dominación a través del trabajo cooperativo; en trascender "el estado incompleto del desarrollo capitalista" en la casa, con la mujer precapitalista, no libre, como pivote y hacer que la familia refleje más exactamente, en su forma, su función productiva capitalista, la reproducción de la fuerza de trabajo.

Para volver a lo dicho anteriormente: las mujeres, las amas de casa, al identificarse a sí mismas con el hogar tienden a una perfección compulsiva en su trabajo. Todos conocemos bien el dicho: siempre se encuentra algo qué hacer en una casa. No ven más allá de sus cuatro paredes. La situación del ama de casa como condición laboral precapitalista y, en consecuencia, la "feminidad" impuesta sobre ella, hace que vea al mundo, a los otros y toda la organización del trabajo como algo confuso, desconocido e incognoscible, irreal, percibido sólo como una sombra tras los hombros del marido que sale a la calle todos los días y se encuentra con ello.

Por lo tanto, cuando decimos que las mujeres deben acabar con la relación *tiempo-dedicado-al-trabajo-doméstico* y *tiempo no-dedicado-al-trabajo-doméstico*, y empezar a salir de la casa, queremos decir que su punto de partida debe ser precisamente esta voluntad de destruir el papel de ama de casa, a fin de empezar a reunirse con otras mujeres no sólo como vecinas sino como compañeras de trabajo y anticompañeras de trabajo, para romper así la tradición de la mujer privatizada -con su consiguiente espíritu de competencia- y reconstruir una verdadera solidaridad entre las mujeres: solidaridad para el ataque, no para defender el *status quo.*

Una solidaridad común contra una forma común de trabajo. Del mismo modo, las mujeres deben dejar de reunirse con sus maridos e hijos sólo como esposas y madres, esto es, a la hora de la comida después de que los otros regresan a casa provenientes del mundo exterior.

Cualquier lugar de lucha fuera de la casa, precisamente porque *cualquier esfera de organización capitalista presupone la casa,* brinda una oportunidad de ataque a las mujeres; reuniones en la fábrica, reuniones en el vecindario, asambleas de estudiantes son, todos, lugares legítimos para la lucha de las mujeres, en los que pueden reunirse y enfrentar a los hombres; las mujeres contra los hombres, si se quiere, pero como individuos y no como madre-padre, hijo-hija, con todas las posibilidades que esto brinda para hacer estallar fuera de la casa las contradicciones, las frustraciones, que el capital ha querido hacer reventar dentro de la familia.

Un nuevo compás para la lucha de clases. Si las mujeres piden en las asambleas de obreros que se suprima el turno de noche porque por la noche, además de dormir, uno quiere hacer el amor -y no es lo mismo que hacer el amor de día si las mujeres trabajan durante el día-, esto significaría defender sus propios intereses independientes como mujeres en contra de la organización social del trabajo, negándose a ser madres insatisfechas para con sus maridos e hijos.

Pero en esta nueva intervención y confrontación, las mujeres están expresando también que sus intereses como mujeres no son, como se les ha dicho, diferentes y ajenos a los intereses de la clase. Los partidos políticos, especialmente de izquierda, y los sindicatos han determinado y deslindado las áreas de lucha de la clase obrera por demasiado tiempo. Hacer el amor y rechazar el turno de noche para poder hacer el amor es *un interés de clase.* Averiguar por qué son las mujeres y no los hombres las que plantean esta cuestión es lanzar nueva luz sobre toda la historia de la clase.

Reunirse con los hijos e hijas en una asamblea de estudiantes es descubrirlos como individuos que hablan entre otros; es presentarse a ellos como individuo. Hay muchas mujeres que han tenido abortos y muchísimas que han dado a luz. No vemos ninguna razón para que no puedan expresar su punto de vista como mujeres en primer lugar, ya sean estudiantes o no, en una asamblea de estudiantes de medicina. (No damos el ejemplo de la facultad de medicina por casualidad. En las aulas y en las clínicas, puede verse una vez más la explotación de la clase obrera no sólo cuando se hace de los pacientes de tercera clase, exclusivamente, los conejillos de indias para la investigación. Las mujeres, en especial, son el objeto primordial de investigación y también de desprecio sexual, sadismo y arrogancia profesional de los médicos.)

Resumiendo: precisamente esta explicación del movimiento de mujeres como expresión del carácter específico de sus intereses, amputados hasta ahora de todas sus conexiones por la organización capitalista de la familia, se convierte en lo más importante. Esto se ha de proclamar en

todos los sectores de nuestra sociedad, fundados todos ellos precisamente en la represión de estos intereses, ya que toda la explotación de clase se ha alzado sobre la mediación específica de la explotación de las mujeres.

Como movimiento de las mujeres, por lo tanto, debernos delatar cada una de las áreas en las que se localiza esta explotación, es decir, tenemos que volver a conquistar todo el carácter específico del interés de las mujeres en el curso de la lucha.

Cualquier oportunidad es buena: las amas de casa de las familias amenazadas con ser desalojadas de sus viviendas pueden aducir que su trabajo doméstico ha pagado de sobras la renta de los meses que se deben. En las afueras de Milán, muchas familias han adoptado ya esta forma de lucha.

Es maravilloso tener aparatos eléctricos en la casa pero, para los obreros que los fabrican, hacer muchos es emplear tiempo y extenuarse. Es difícil que un salario pueda comprar todos estos aparatos y eso supone, además, que cada esposa debe manejarlos sola; esto únicamente significa que sigue estancada en la casa pero, esta vez, a un nivel más mecanizado. ¡Dichoso el obrero y dichosa el ama de casa!

No se trata de disponer de comedores colectivos. No hay que olvidar que el capital crea primero la Fiat para los obreros y después sus comedores. Por eso, al pedir un comedor colectivo en el vecindario sin integrar esta demanda a una práctica de lucha contra la organización del trabajo, contra el horario de trabajo, corremos el riesgo de dar impulso a un nuevo salto que, en el nivel de la comunidad, no regimentaría más que a las mujeres con algún trabajo tentador, de manera que tuviéramos entonces, a mediodía, la oportunidad de comer porquerías colectivamente en el comedor.

Queremos hacerles saber que éste no es el comedor que deseamos, ni guarderías y centros de recreos para niños, del mismo orden[10]. Queremos también comedores y guarderías y máquinas de lavar ropa y lavaplatos, pero además queremos alternativas: comer en privado con unas cuantas personas cuando lo deseemos, tener tiempo para estar con los niños, con los ancianos, con los enfermos cuando y donde nosotras elijamos. "Tener tiempo" significa trabajar menos. Tener tiempo para estar con los niños, ancianos y enfermos no quiere decir apresurarnos para hacerles una visita rápida en los garajes en que se estaciona a niños, viejos e inválidos. Significa que nosotras, las primeras en ser excluidas estamos luchando para que todas las otras personas que están excluidas -los niños, los viejos y los enfermos- puedan reapropiarse la riqueza social, se reintegren a nosotras y todos juntos a los hombres, sin depender unos de otros sino autónomamente, tal como las mujeres lo queremos para nosotras, puesto que su exclusión del proceso social directamente productivo, de la existencia social, ha sido creada como la nuestra, por la organización capitalista.

Negarse a trabajar. En consecuencia, debemos rechazar el trabajo doméstico como trabajo de las mujeres, como trabajo que se nos ha impuesto, que nunca inventamos, que nunca se ha pagado, en el que nos han obligado a soportar horarios absurdos -12 y 13 horas diarias-, a fin de forzarnos a permanecer en la casa.

Debemos salir de la casa; debemos rechazar la casa porque queremos unimos a otras mujeres para luchar contra todas las situaciones que parten del supuesto de que las mujeres permanecerán en la casa, para vincularnos a las luchas de todos los que están en guetos, ya se llamen guarderías, escuelas, hospitales, asilos de ancianos o barrios bajos. Abandonar la casa es ya una forma de lucha porque los servicios sociales que desempeñamos en ella dejarían de ser llevados

[10] Ha habido una cierta confusión respecto a lo que decimos sobre los comedores. Se ha puesto de manifiesto una confusión similar en las discusiones en otros países, además de Italia, sobre los salarios para el trabajo doméstico. Como hemos explicado antes, el trabajo doméstico está tan institucionalizado como el trabajo en las fábricas y nuestra meta definitiva es destruir ambas instituciones. Pero aparte de cuál sea la demanda de la que se hable, existe una interpretación equivocada de lo que es una demanda. Es una meta que no consiste sólo en una cosa sino que, como el capital en cualquier momento dado, es esencialmente una etapa de antagonismo de una relación social. Que los comedores o los salarios que consigamos sean una victoria o una derrota depende de la fuerza de nuestra lucha. De esta fuerza depende que la meta sea una ocasión para que el capital dirija más racionalmente nuestro trabajo o una ocasión para que nosotras debilitemos su control de esa dirección. La forma que adquiera la meta cuando la logremos, ya se trate de salarios, comedores o control de la natalidad, surge y de hecho se crea en la lucha, y registra el grado de poder que hemos alcanzado en ella.

a cabo en esas condiciones y así todos los que trabajan fuera de la casa exigirían que se descargara el peso llevado por nosotras hasta ahora directamente donde corresponde: en los hombros del capital. Esta alteración de los términos de la lucha será tanto más violenta cuanto más lo sea el rechazo del trabajo doméstico por parte de las mujeres y cuanto más resuelto y a escala masiva.

La familia de clase obrera es el punto más difícil de romper porque es el apoyo del obrero, pero sólo en tanto obrero, y por esta razón es el apoyo del capital. De esta familia depende el apoyo de la clase, la supervivencia de la clase, pero *a expensas de la mujer y contra la clase misma.* La mujer es la esclava de un esclavo asalariado y su esclavitud garantiza la esclavitud del hombre. La familia protege al obrero lo mismo que el sindicato, pero garantiza también que él *y ella* no sean nunca otra cosa más que *obreros*. Y ésta es la razón de que la lucha de la mujer de clase obrera en contra de la familia sea crucial.

Reunirnos con otras mujeres que trabajan dentro y fuera de la casa nos permite disponer de otras oportunidades de lucha. En la medida en que nuestra lucha es en contra del trabajo, se inscribe en la que la clase obrera sostiene contra el trabajo capitalista. Pero en la medida en que la explotación de las mujeres a través del trabajo doméstico ha tenido su propia historia específica, ligada al mantenimiento de la familia nuclear, el curso específico de esta lucha, que debe pasar por la destrucción de la familia nuclear tal como la ha establecido el orden social capitalista, añade una nueva dimensión a la lucha de clases.

B. La productividad de la pasividad

El papel de la mujer en la familia no es, sin embargo, únicamente el de proveedora oculta de servicios sociales que no recibe un salario. Como dijimos al principio, la sujeción de las mujeres en funciones puramente complementarias y el subordinarlas a los hombres dentro de la familia nuclear tiene, como premisa, la atrofia de su integridad física. En Italia, con la fructuosa ayuda de la iglesia católica que ha definido siempre a la mujer como un ser inferior, ésta se ve constreñida a guardar antes del matrimonio abstinencia sexual y, después del matrimonio, a reprimir su sexualidad y destinarla únicamente a tener hijos, obligada a tener hijos. Se ha creado una imagen de la mujer como "madre heroica y esposa feliz" cuya identidad sexual es pura sublimación, cuya función consiste esencialmente en ser el receptáculo de la expresión emocional de otras personas, en ser el amortiguador del antagonismo familiar. Así pues, lo que se ha definido como frigidez femenina ha de redefinirse como una receptividad pasiva impuesta, también, en la función sexual.

Ésta pasividad de la mujer en la familia es en sí misma "productiva". En primer lugar, la convierte en el desahogo de todas las opresiones que sufre el hombre en el mundo exterior y, al mismo tiempo, en el objeto sobre el que el hombre puede ejercer un ansia de poder que la dominación de la organización capitalista del trabajo implanta en él. En este sentido, la mujer se vuelve productiva para la organización capitalista; actúa como válvula de seguridad de las tensiones sociales que esta misma organización crea. En segundo lugar, la mujer se vuelve productiva en la misma medida en que la negación total de su autonomía personal la obliga a sublimar su frustración en una serie de necesidades continuas que están centradas siempre en la casa, en una especie de consumo que es el paralelo exacto de su perfeccionismo compulsivo en el trabajo de la casa. Evidentemente, nuestra labor no consiste en decirles a las mujeres lo que deben tener en sus casas. Nadie puede definir las necesidades de los demás. Nuestro interés consiste en organizar una lucha que haga innecesaria esta sublimación.

El trabajo monótono y la agonía de la sexualidad. Usamos deliberadamente la palabra "sublimación". Las frustraciones causadas por las tareas monótonas y triviales y por la pasividad sexual son sólo nominalmente separables. La creatividad sexual y la creatividad en el trabajo son, ambas, áreas en las que una necesidad humana exige que demos amplia libertad a la "acción recíproca de nuestras actividades naturales y adquiridas".

["La gran industria... convierte en cuestión de vida o muerte el sustituir esa monstruosidad que supone una mísera población obrera disponible, mantenida en reserva para las variables ne-

cesidades de explotación del capital por la disponibilidad absoluta del hombre para las variables exigencias del trabajo; el sustituir al individuo parcial, simple instrumento de una función social de detalle, por el individuo desarrollado en su totalidad, para quien las diversas funciones sociales no son más que otras tantas manifestaciones de actividad que se turnan y revelan."]

En las mujeres (y, por lo tanto, en los hombres) las capacidades naturales y adquiridas son simultáneamente reprimidas. La receptividad sexual pasiva de las mujeres crea el ama de casa compulsivamente pulcra y puede tornar terapéutica la monótona línea de ensamble. Las trivialidades de la mayor parte del trabajo doméstico y la disciplina que se requiere para desempeñar el mismo trabajo una y otra vez cada día, cada semana y cada mes, duplicado en las vacaciones, destruye las posibilidades de una sexualidad desinhibida. Nuestra infancia es una preparación para el martirio: se nos enseña a derivar la felicidad de actos sexuales pulcros en sábanas más que blancas; a sacrificar la sexualidad y cualquier otra actividad creativa al mismo tiempo.

Hasta ahora, el movimiento de las mujeres ha puesto de manifiesto, sobre todo al destruir el mito del orgasmo vaginal, el mecanismo físico que permite que el potencial sexual de las mujeres fuese estrictamente definido y delimitado por los hombres. Ahora podemos empezar a reintegrar la sexualidad a otros aspectos de la creatividad, a ver cómo la sexualidad estará siempre constreñida a menos que: *a)* el trabajo que hacemos no nos mutile a nosotras y nuestras capacidades individuales, y *b)* las personas con las que tenemos relaciones sexuales no sean nuestros amos y no estén también mutiladas por su trabajo. Hacer explotar el mito vaginal es exigir autonomía femenina como lo opuesto a la subordinación y a la sublimación. Pero no se trata únicamente del clítoris contra la vagina. Son ambos contra el útero. O bien la vagina es principalmente el pasadizo que conduce a la reproducción de la fuerza de trabajo que se vende como mercancía -la función capitalista del útero-, o bien es parte de nuestras capacidades naturales, de nuestro bagaje social. A fin de cuentas, la sexualidad es la más social de las expresiones, la más profunda comunicación humana. Es, en este sentido, la disolución de la autonomía. La clase obrera se organiza como clase para trascenderse como clase; dentro de esta clase, nos organizamos autónomamente a fin de crear las bases para trascender la autonomía.

El ataque "político" contra las mujeres. Pero mientras descubrimos nuestro camino hacia la organización de esta lucha, nos vemos confrontadas por los que evidentemente están demasiado ansiosos por atacar a las mujeres, aun cuando estamos formando un movimiento. La mujer, al defenderse a sí misma de la destrucción a través del trabajo y del consumo, dicen ellos, es responsable de la falta de unidad en la clase. Hagamos una lista parcial de los pecados de que se le acusa. Dicen: Quiere una mayor parte del salario de su marido para comprar, por ejemplo, ropa para ella y sus hijos, a partir no de lo que él cree que ella necesita sino de lo que ella cree que deberían tener ella y sus hijos. Él trabaja mucho para obtener dinero. Ella sólo exige otro tipo de distribución de la falta de riqueza de ellos, en vez de auxiliar al hombre en su lucha por más riqueza y más salarios.

Compite con las mujeres para ser más atractiva, tener más cosas que ellas, poseer una casa más limpia y ordenada que la de sus vecinas. No se alía con ellas, como debería hacerlo, a nivel de clase.

Se entierra en su casa y se niega a comprender la lucha de su marido en la cadena de producción. Puede que hasta se queje cuando él se va a la huelga en vez de apoyarlo. Vota por los conservadores. Estas son algunas de las razones dadas por los que consideran reaccionaria a la mujer o, a lo sumo, atrasada. Las esgrimen incluso hombres que asumen el liderazgo de las luchas en la fábrica y que parecen muy capaces de entender la naturaleza del mando social a causa de su militancia. Les resulta fácil condenar a las mujeres por lo que consideran un atraso porque ésta es la ideología dominante de la sociedad. No añaden que se han beneficiado de la posición subordinada de las mujeres al ser atendidos en toda forma desde el momento en que nacieron.

Algunos ni siquiera saben que se les ha atendido, tan natural les resulta que las madres, hermanas e hijas sirvan a "sus" hombres. Por otra parte, para nosotras es muy difícil separar la supremacía masculina innata, del ataque de los hombres que parece ser estrictamente "político", y

esgrimido sólo en beneficio de la clase.

Consideremos el tema más de cerca.

1. *Las mujeres como consumidoras.* Las mujeres no hacen de la casa el centro del consumo. El proceso de consumo es parte integrante de la producción de fuerza de trabajo y, si las mujeres se negasen a ir de compras (es decir, a gastar), ése sería un acto de huelga. Al decir esto, sin embargo, debemos añadir que aquellas relaciones sociales que les son negadas a las mujeres por su separación del trabajo socialmente organizado, ellas intentan compensarlas a menudo comprando cosas. El que se juzgue triviales a estas cosas depende del punto de vista y del sexo del juez. Los intelectuales compran libros, pero nadie tacha de trivial este consumo. Independientemente de la validez de su contenido, el libro en esta sociedad todavía representa, a través de una tradición más antigua que el capitalismo, un valor masculino.

Ya hemos dicho que las mujeres compran cosas para sus casas porque la casa es la única prueba de que existen. Pero la idea de que el consumo frugal es, en alguna forma, una liberación, es tan vieja como el capitalismo y proviene de los capitalistas que siempre culpan de la situación de los obreros al obrero mismo. Durante años, liberales admonitorios decían de Harlem que si los hombres negros dejasen de manejar Cadillacs el problema de color se resolvería. Hasta que la violencia de la lucha (que era la única respuesta adecuada) proporcionó una medida de poder social, este Cadillac era una de las pocas maneras de mostrar el potencial de poder. *Esto* era lo que les dolía a los liberales y no la "economía práctica".

En cualquier caso, nada de lo que cualquiera de nosotras compra se necesitaría si fuésemos libres. Ni la comida que nos dan envenenada, ni los vestidos que nos identifican por clase, sexo y generación, ni las casas en las que nos encarcelan.

En cualquier caso, además, nuestro problema consiste en que nunca tenemos suficiente, no en que tengamos demasiado. Y la presión que las mujeres ejercen sobre los hombres es *una defensa del salario y no un ataque.* Precisamente porque las mujeres son las esclavas de esclavos asalariados, los hombres dividen el salario entre ellos y el gasto general de la familia. Si las mujeres no tuvieran exigencias, el nivel de vida general de la familia bajaría hasta absorber la inflación -la mujer, claro está, es la primera en pasarse sin nada. Por lo tanto, si la mujer no plantea exigencias, la familia es funcional al capital y, en un sentido adicional, a los factores que hemos enumerado: puede absorber la baja en el precio de la fuerza de trabajo[11]. Esta es, por lo tanto, la forma material más eficaz en que las mujeres pueden defender el nivel de vida de la clase. Y cuando las mujeres salgan a reuniones políticas necesitarán todavía más dinero.

2. *Las mujeres como rivales.* Respecto a la "rivalidad" de las mujeres, Frantz Fanon ha puesto en claro para el Tercer Mundo lo que sólo el racismo impide que se aplique generalmente a la clase. Los colonizados, dice, cuando no se organizan contra sus opresores, se atacan unos a otros. La exigencia de las mujeres por un mayor consumo puede expresarse a veces en forma de rivalidad pero, aun así, como ya dijimos, protege el nivel de vida de la clase. Lo que no es lo mismo que la rivalidad sexual de las mujeres; esa rivalidad está arraigada en su dependencia económica y social de los hombres. En la medida en que viven para los hombres, se visten para los hombres, trabajan para los hombres, son manipuladas por ellos a través de esa rivalidad.[20]

[Se ha observado que muchos bolcheviques, después de 1917, encontraron a su pareja femenina entre la aristocracia desposeída. Cuando el poder sigue residiendo en los hombres, tanto a nivel del Estado como en las relaciones individuales, las mujeres siguen siendo "presas y siervas del

[11] "La otra y más importante objeción que desarrollaremos, en los capítulos siguientes, surge de nuestra inconformidad con el supuesto de que el nivel general de los salarios reales esté directamente determinado por el carácter de los convenios sobre salarios... Vamos a sostener que ha existido *una confusión fundamental respecto a la forma en que opera en realidad a este respecto la economía que vivimos."* Teoría *general de la ocupación, el interés y el dinero,* John Maynard Keynes, FCE, 2ª reimpresión de la 2ª edición*, 1971, pp. 23-24.* Traducción de Eduardo Hornedo, revisión de Ángel Martín Pérez. En nuestra opinión, "algunas otras fuerzas" son, en primer lugar, las mujeres.

placer de la comunidad".[12] La progenie de "los nuevos zares" se remonta muy atrás. Ya en 1921 en las "Decisiones del Tercer Congreso de la Internacional Comunista", se lee en la Parte I dedicada al "Trabajo entre las mujeres": "El Tercer Congreso del Comintern confirma la proposición básica del marxismo revolucionario, a saber, que no existe una «cuestión específica de la mujer» ni tampoco un «movimiento específico de las mujeres», y todo tipo de alianza de las mujeres obreras con el feminismo burgués, así como cualquier apoyo de las mujeres obreras a las tácticas traidoras de los oportunistas y reformistas sociales, lleva al debilitamiento de las fuerzas del proletariado... Para poner fin a la esclavitud de las mujeres es necesario inaugurar la nueva organización comunista de la sociedad".

Como la teoría era masculina, la práctica consistía en "neutralizar". Citemos a uno de los padres fundadores. En la primera Conferencia Nacional de Mujeres Comunistas del Partido Comunista de Italia, el 26 de marzo de 1922, "el camarada Gramsci señaló que debe organizarse una acción especial entre las amas de casa, las cuales constituyen la gran mayoría de las mujeres proletarias. Dijo que se las debe relacionar de alguna manera con nuestro movimiento estableciendo organizaciones especiales. Las amas de casa, en lo que respecta a la calidad de su trabajo, pueden considerarse similares a los artesanos y, por lo tanto, es muy difícil que se hagan comunistas; sin embargo, como son las compañeras de los obreros y como comparten de alguna manera la vida de los obreros, el comunismo les atrae. Nuestra propaganda puede tener, por lo tanto, una influencia encima *(sic)* de estas amas de casa; puede ser instrumental, si no para darles puestos dentro de nuestra organización, sí para neutralizarlas; de modo que no obstaculicen el camino de las posibles luchas de los obreros".[13]]

En cuanto a la rivalidad por sus casas, las mujeres han sido adiestradas desde que nacen para ser obsesivas y posesivas en cuanto a las casas limpias y ordenadas. Pero los hombres no pueden beneficiarse en ambos sentidos; no pueden continuar disfrutando el privilegio de tener una sirvienta particular y quejarse después de los efectos de esta privatización. Si siguen quejándose tendremos que llegar a la conclusión de que su acusación de que actuamos como rivales es en realidad una justificación de nuestra servidumbre. Si Fanon se equivocaba cuando decía que las contiendas entre los colonizados son una expresión de su bajo nivel de organización, entonces el antagonismo es signo de una incapacidad natural. Si llamamos a la casa un *gueto*, podríamos del mismo modo llamarla una *colonia* gobernada por medio de un régimen indirecto con la misma verdad. La resolución del antagonismo de los colonizados entre sí reside en la lucha autónoma. Las mujeres han superado obstáculos mayores que la rivalidad para unirse y apoyar a los hombres en lucha. En lo que no han tenido tanto éxito es en transformar y profundizar los momentos de lucha y hacer de ellos oportunidades para presentar sus propias demandas. La lucha autónoma le da la vuelta a la cuestión: no "mujeres unidas en apoyo a los hombres", sino "hombres unidos en apoyo a las mujeres».

3. *Las mujeres como elementos de división.* ¿Qué es lo que ha impedido hasta ahora la intervención política de las mujeres? ¿Por qué puede utilizárselas en algunas circunstancias contra las huelgas? ¿Por qué, en otras palabras, no está unida la clase? Desde el principio de este documento hemos hecho de la exclusión de las mujeres de la producción socializada una cuestión central. Ésta es una característica objetiva de la organización capitalista: en la fábrica y en la oficina, trabajo cooperativo; en la casa, trabajo aislado. *Esto se refleja subjetivamente en la forma en que los obreros se organizan en la industria, separados de la comunidad*. ¿Qué puede hacer la comunidad? ¿Qué pueden hacer las mujeres? Apoyar, ser apéndices de los hombres en la casa y en la lucha, formar incluso un cuerpo auxiliar de mujeres en los sindicatos. Esta división *y este tipo de división* es la historia de la clase. En cada una de las etapas de la lucha se utiliza a los que ocupan posiciones periféricas respecto al ciclo productivo contra los que están en el centro, siempre que estos últimos

[12] Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844,* FCE, México, 1962, p. 134. Traducción al español de Julieta Campos, basada en la traducción inglesa de T. B. Bottomore.

[13] Tomado de *Compagna,* órgano del Partido Comunista Italiano para el trabajo con mujeres. Año I, nº 3, 2 de abril de 1922, p. 2.

ignoren a los primeros. Ésta es la historia de los sindicatos en los Estados Unidos, por ejemplo, cuando se utilizaba a los obreros negros como rompehuelgas -nunca, dicho sea de paso, con tanta frecuencia como se les hacía creer a los obreros blancos. Los negros, como las mujeres, son inmediatamente identificables y los informes de huelgas rotas refuerzan los prejuicios que emanan de divisiones objetivas: los blancos en la línea de ensamble, los negros barriéndoles el suelo, o el hombre en la línea de ensamble y la mujer barriéndole el suelo cuando llega a casa.

Cuando los hombres rechazan el trabajo se consideran militantes, y cuando nosotras rechazamos el trabajo somos consideradas por estos mismos hombres como mujeres refunfuñonas. Cuando alguna de nosotras vota por los conservadores porque hemos sido excluidas de la lucha política, creen que estamos atrasadas, mientras que ellos votan por partidos que ni siquiera consideran que existimos, excepto como lastres, y en el camino se venden ellos (y a todas nosotras) totalmente.

C. La productividad de la disciplina

El tercer aspecto del papel de las mujeres en la familia consiste en que, a causa de este tipo especial de atrofia de la personalidad del que ya hemos hablado, la mujer se convierte en una figura represiva, que disciplina a todos los miembros de la familia, ideológica y psicológicamente. Puede que viva bajo la tiranía de su marido, de su casa, la tiranía de luchar por ser "madre heroica y esposa feliz", aunque toda su existencia repudie este ideal. Los que están tiranizados y carecen de poder están junto a la nueva generación durante los primeros años de sus vidas y producen obreros dóciles y pequeños tiranos, igual que los maestros hacen en la escuela. (En esto el marido se une a su mujer: las asociaciones de padres y maestros no existen por casualidad.) Las mujeres, responsables de la reproducción de la fuerza de trabajo, disciplinan, por un lado a los niños que serán los obreros del mañana y, por otro lado al marido, para que trabaje hoy, ya que sólo su salario puede pagar para que se reproduzca la fuerza de trabajo.

Aquí hemos intentado únicamente considerar la productividad doméstica femenina sin entrar en detalle sobre sus implicaciones psicológicas. Por lo menos, hemos situado y descrito en esencia esta productividad doméstica femenina en lo que respecta a la complejidad del papel que juega la mujer (esto es, además del trabajo doméstico real cuyo peso asume sin que se le pague). Planteamos, pues, como principal la necesidad de romper este papel prefijado que quiere que las mujeres estén divididas unas de otras, de los hombres y los niños, cada una de ellas encerrada en su casa como la crisálida en el capullo que la aprisiona, hecho con su propio trabajo, para morir y dejarle seda al capital. Rechazar todo esto significa que las amas de casa se reconozcan a sí mismas también como un sector de la clase y como el más degradado, porque no se les paga salario.

La posición del ama de casa en la lucha omnicomprensiva de las mujeres es crucial porque socava la columna que es el soporte de la organización capitalista del trabajo, a saber, la familia. Así pues, cualquier meta que tienda a afirmar la individualidad de las mujeres frente a esta figura complementaria de todo y de todos, esto es, el ama de casa, vale la pena planteársela porque es una meta que subvierte la productividad de este papel.

En el mismo sentido, todas las demandas que puedan servir para restituir a la mujer la integridad de sus funciones físicas básicas, empezando por la sexual que fue la primera de la que se le despojó junto con la productividad creativa, han de plantearse con la mayor urgencia. No es casual que la investigación de anticonceptivos haya progresado tan lentamente, que el aborto esté prohibido casi en todo el mundo o se conceda en último término sólo por razones "terapéuticas".

Avanzar primero con base en estas demandas no es reformismo fácil. El control capitalista de estos asuntos afirma una y otra vez la discriminación de clase y específicamente la discriminación de las mujeres. ¿Por qué se utilizó a las mujeres proletarias, a las mujeres del Tercer Mundo, como conejillos de indias para esta investigación? ¿Por qué continúa planteándose la cuestión del control natal como un problema de las mujeres? Empezar a luchar para acabar con el control capitalista sobre estas materias es avanzar en el nivel de la clase y en el nivel específicamente femenino. Vincular estas luchas con la lucha contra la maternidad, concebida ésta

como responsabilidad de las mujeres exclusivamente, contra el trabajo doméstico concebido como trabajo de las mujeres, y en definitiva contra los modelos que el capitalismo nos brinda como ejemplos de la emancipación de las mujeres y que no son más que copias horribles del papel masculino, es luchar contra la división y la organización del trabajo.

Las mujeres y la lucha por no trabajar

Resumamos. El papel de ama de casa, tras cuyo aislamiento se oculta un trabajo social, debe ser destruido. Pero nuestras alternativas están estrictamente definidas. Hasta ahora, el mito de la incapacidad femenina, arraigado en esa mujer aislada, dependiente del salario de otra persona y, por lo tanto, moldeada por la conciencia de otra persona, se ha roto con sólo una acción: al obtener la mujer su propio salario, romper el gozne de la dependencia económica personal, vivir su propia experiencia independiente en el mundo fuera de la casa, desempeñar trabajo social en una estructura socializada, ya fuera la fábrica o la oficina, e iniciar sus propias formas de rebelión social junto con las formas tradicionales de la clase. *El advenimiento del movimiento de las mujeres es un rechazo de esta alternativa.*

El capital se está apoderando del ímpetu mismo que creó al movimiento -el rechazo por millones de mujeres del lugar tradicional de la mujer- para rehacer la fuerza de trabajo incorporando cada vez a más mujeres. El movimiento sólo puede desarrollarse en oposición a esto. Con su misma existencia, plantea, y debe hacerlo cada vez más articuladamente en la acción, que las mujeres niegan el mito de la liberación a través del trabajo. Porque ya hemos trabajado bastante. Hemos cortado billones de toneladas de algodón, lavado billones de platos, fregado billones de suelos, mecanografiado billones de palabras, conectado billones de aparatos de radio, lavado billones de pañales, a mano y a máquina. Cada vez que nos han "permitido entrar" en algún enclave tradicionalmente masculino, ha sido para encontrar un nuevo nivel de explotación para nosotras.

Aquí de nuevo, a pesar de que sean diferentes, establecer un paralelo entre subdesarrollo en el Tercer Mundo y subdesarrollo en la metrópoli, para precisar mejor, en las cocinas de la metrópoli. El plan capitalista propone al Tercer Mundo que se "desarrolle"; que, además de sus agonías presentes, sufra también la agonía de una contrarrevolución industrial. A las mujeres de la metrópoli se les ha ofrecido la misma "ayuda". Pero las que hemos salido de nuestras casas para trabajar porque no teníamos más remedio o para ganar dinero extra o independencia económica, hemos prevenido a las demás: la inflación nos ha clavado en estos horribles puestos de mecanógrafas o en las líneas de ensamble y ahí no está la salvación. No debemos admitir el desarrollo que nos ofrecen. Pero la lucha de la mujer que trabaja no consiste en regresar al aislamiento de la casa, por muy atractivo que pueda resultar, a veces, los lunes por la mañana; como tampoco consiste en cambiar la sujeción en la casa por la sujeción a un escritorio o a una máquina, por muy atractivo que pueda resultar comparado con la soledad del doceavo piso de un edificio de viviendas.

Las mujeres debemos descubrir nuestras posibilidades totales, que no son ni remendar calcetines ni convertirse en capitanes de transoceánicos. Es más, *puede* que queramos hacer este tipo de cosas, pero ahora no puede situárselas en otro contexto que no sea la historia del capital.

El reto que enfrenta el movimiento de las mujeres es el de encontrar formas de lucha que, a la vez que liberen a las mujeres de la casa, eviten, por un lado, una esclavitud doble y, por otro, nos impidan llegar a otro nuevo grado de control y regimentación capitalista. *Esta es, en definitiva, la línea divisoria entre reformismo y política revolucionaria dentro del movimiento de las mujeres.*

Parece que ha habido pocas mujeres geniales. No ha podido haberlas ya que estaban separadas del proceso social y no podemos ver en qué asuntos podrían haber aplicado su genialidad. Ahora hay un asunto y es la lucha misma.

Freud también dijo que toda mujer desde que nace sufre de "envidia del pene". Olvidó añadir que este sentimiento de envidia comienza cuando la mujer percibe que de algún modo tener un pene significa tener poder. Todavía cayó menos en la cuenta de que el poder tradicional del pene comenzó toda una nueva historia desde el momento mismo en que la separación del hombre y la

mujer se convirtió en una división capitalista. Y ahí es donde comienza nuestra lucha.

